

Contra la confusión

ANTONIO GARCIA-TREVIJANO

«Mover ficha»

La clase gobernante es consciente de su parálisis actual. Y ha lanzado al mercado esa vulgar pero expresiva imagen lúdica de que es a otro a quien le corresponde «mover ficha». Veamos lo que esta reveladora expresión implica. En primer lugar, un reconocimiento oficial de que el país real está esperando que suceda, en la sociedad política, algo consecuente al resultado de las elecciones europeas y andaluzas. Enseguida indica que todos los jugadores encuentran bloqueada su propia jugada. En tercer lugar explica que todos juegan al error del contrario. También expresa el convencimiento de que sólo el que aguante sin moverse de donde está, gana. Y, por último, revela la esperanza de que un factor no dependiente de sus voluntades precipite la salida o la continuación del juego a favor de uno de ellos. De estos cinco supuestos, solamente el primero y el último merecen atención. Los otros tres ya quedaron sentenciados al conocerse la situación de «equilibrio catastrófico» creada por las urnas. No dentro de las últimas elecciones. Que dieron un ganador y un perdedor. Pero si entre dos hegemonías electorales: la del PSOE (6-6-93), en cuya virtud ocupa el Gobierno, y la del PP (12-6-94), en cuya virtud pretende llegar a ocuparlo.

La polémica sobre lo que «debe» hacer el Gobierno o la oposición para salir del atasco tiene un vicio de origen: aplicar criterios de la democracia a una sociedad política oligárquica. Y la opinión de que la continuidad del Gobierno es legal pero ilegítima no es correcta tal como se ha expresado. El Gobierno está legalizado y legitimado, por su hegemonía política electoral (6-6-93), para todo el tiempo de la legislación. Y sin embargo, en una democracia tendría que convocar nuevas elecciones porque ha dejado de ser un Gobierno de la opinión, porque ha perdido la hegemonía en la sociedad civil con ocasión de (no a causa de) las pasadas elecciones. Si se mantiene en el poder, gobernaría contra la opinión por el solo hecho de que «puede» hacerlo, es decir, por razón de dictadura. No se trata de un criterio subjetivo. Es la legitimación civil que está presente en la práctica de todas las democracias civilizadas, y en la bella fórmula de Gramsci: Gobierno = dictadura + hegemonía. Donde dictadura significa legalidad y legitimidad del «dominio» (electoral) en la sociedad estatal; y hegemonía quiere decir legitimidad del «predominio» (ideológico) en la sociedad civil. Que es exactamente lo que ha conquistado el PP junto con los escaños al Parlamento europeo: una situación nacional de pre-dominio.

Para salir del equilibrio catastrófico que tiene paralizada la acción de Gobierno y de oposición, el Sr. Gonzalez confía en tres factores de suerte, fuera de su control: que mejore mucho la economía y ¡los españoles se enteren!, que no se descubra un nuevo caso de corrupción en su esfera de confianza, o que se descubra un buen caso en la del Sr. Aznar. En cambio, éste pone toda su devoción en que la Prensa continúe sacando a relucir nuevos escándalos de corrupción gubernamental, y en que la ola anticatalanista (levantada en España por la cobertura que presta el nacionalismo gobernante a la impunidad de la corrupción y por sus perentorias exigencias de soberanía a quien tiene cogido por la gobernabilidad del Estado al que se opone) termine por obligar al Sr. Pujol a soltar el cuello del naufrago. Que haya pedido el mando de la Guardia Civil en Cataluña, cuando mayor era el escepticismo de un Cuerpo andando sin cabeza, permite al Sr. Aznar abrigar esperanzas de que sea la ficha de Pujol la que ahorque, con el seis doble de la corrupción en sus manos, al dominus de la Moncloa. Mientras tanto el jefe de la oposición no se atreve a presentar una moción de censura, con un programa de Gobierno diferente del que impone Pujol a su cuello de Estado, ni este cuello de España cometerá la infidelidad de abandonarlo por una Presidencia europea que, para «des-ahogar»lo, nadie le ofrece.

TRIBUNA LIBRE

El intelectual en una época de crisis

[EDUARDO SUBIRATS]

El panorama de nuestro entorno social, dentro y fuera de nuestros límites urbanos, nacionales, europeos, es inquietante. Hay guerras explícitamente criminales y una creciente fascitización de la política. Por doquier se citan la corrupción y la desintegración social. Vivimos en un clima de permanente ansiedad. La ciudad, ayer inhóspita, se vuelve hoy ya inhabitable. La violencia ocupa todos los medios de comunicación. Por encima de todo ello planea la desorientación moral e histórica de esta época.

La situación confusa y compleja que atraviesa la sociedad española actual pone un fin a las respuestas demasiado fáciles y reconfortantes con las que se había dado por resuelta y zanjada las preguntas por la democracia y el bienestar, el progreso o la modernidad, y también el papel del intelectual en este paisaje. No se trata ciertamente de un problema solamente nacional. En cualquier caso la situación de desorientación e inquietud que al fin y al cabo venimos arrastrando desde la Primera Guerra Mundial exige respuestas más consistentes.

De la década de los ochenta se ha dicho que fue feliz. O más bien fue fácil y también ramplona. La desbandada intelectual de aquellos años de «política, droga y sexo» no fue precisamente la excepción. Había dos categorías básicas que definieron el quehacer literario de los jóvenes gene-

raciones de aquellos años, y siguen definiendo las figuras de los escritores, artistas y filósofos que desempeñan hoy papeles políticos de ya reconocidos fan-toches.

La primera era su opción positiva por el poder. Los ochenta fueron años de socialismo y de

posición crítica era barrida como expresión de un enfermizo rencor. La ilusión del apañado progresismo español rezaba: la política como prolongación de la filosofía y la ciencia por otras vías. El final de la historia no podía ser más desmoralizador: la fundamentación moral de la política ha terminado por legitimar una política de la inmoralidad.

La segunda característica de la conciencia intelectual de los ochenta fue su formalismo. Fue ése una identificación con lo que ha sido entendido como doctrina postmoderna de una independencia radical de la ficción, la autonomía formal de los lenguajes, la ausencia de cualquier responsabilidad social del intelectual o el artista. El credo desterraba cualquier expresión de disidencia literaria o artística al limbo de un concepto de realismo tan oscuro como boca de lobo. Todos eran anti-realistas, y todos olvidaban el principio que lo originó como una posición crítica: la confrontación con una incomprendible realidad. Por lo demás, el privilegio de la ficción autónoma concedió al intelectual el glamour narcisista de una auto-suficiente soberanía, seductoramente rodeada de lujosos premios estatales y hedonistas universidades de verano.

Escribir es un entretenimiento, decía el uno; el artista es sólo autor de simulacros, decía el otro; el secreto de una obra es el número de ventas, decía el tercero; la realidad misma es una ficción, coreaban todos a una, lo mismo que antaño hicieron frailes en el Auto Sacramental. A

Lo que vendrá
está inscrito en
la putrefacción
del acontecer
social y político
al que asistimos

intelectuales socialistas instaurados en los poderes ejecutivos socialistas. La figura del intelectual, largo tiempo estigmatizada en las anchas tradiciones de la intolerancia española, fue elevada a los altares como principio de legitimación carismática de una nueva política cuya transparencia democrática hoy está ampliamente cuestionada. Se daba por descontado que todo ello encerraba una perfecta unidad, coherencia y armonía.

El paradigma dominante fueron los filósofos-diputados. Desde su altura estamental cualquier

CARTAS

Las cartas enviadas no excederán de veinte líneas mecanografiadas. EL MUNDO se reserva el derecho a resumir o refundir los textos. No se devolverán originales ni se mantendrá comunicación con el remitente. Los cartas deberán incluir el número del DNI y la dirección de quienes las envíen.

Un atropello de la escolta de Presidencia

Sr. Director:

El motivo de la presente carta es dar publicidad a lo que, si no me engaño, es un grave atropello cometido por los Servicios de Escolta de Presidencia del Gobierno. Los hechos son los siguientes: funcionarios de Policía se han personado en el domicilio de mis padres a pedir explicaciones sobre mí; informado de la inhabilitada visita telefoné a tres comisarías de Policía (Re-

tiro, Ventas y Barrio de la Estrella) para facilitar mi dirección y el lugar donde trabajo (soy funcionario de los Tribunales de Justicia), pero en ninguna de las mismas existían antecedentes de una investigación sobre mi persona. Como en este país nada ha cambiado y el que tiene padrinos se bautiza, por medio de un comisario de Policía me entero de que, al parecer, la investigación sobre mí procede de Presidencia del Gobierno. Motivo: algún funcionario se había sorprendido de que mi coche estuviera aparcado en determinada plaza lejos de la zona donde estoy domiciliado (relativamente lejos habría que decir: tres paradas de autobús) y verme a mí con una

cámara de vídeo (por eso habían preguntado a mis padres si yo era periodista), lo que había motivado una mera comprobación y no tenía por qué preocuparme. El motivo real parece claro, mi hija asiste a una guardería y a una academia de danza sitas una junto a la otra, y de las que excuso dar el nombre, desde hace tres años; y para mi desgracia, a la escuela de ballet asiste también la hija del presidente del Gobierno. Se hizo la luz, algún escolta nuevo o sustituto, pues los anteriores después de tres años seguro que me conocen de sobra, en un ataque de paranoia, tal vez después de haber visto en la línea de fuego había sospechado de mí e iniciado una investiga-

ción. Molesto di por zanjado el asunto pero al día siguiente, cuando fui a recoger a mi hija, aparqué el coche junto al vehículo de los escoltas de la hija del presidente del Gobierno y ostensiblemente me quedé junto a él, por si querían preguntarme algo; cómo no fue así, decidí no preocuparme más. Pero para mi infinito bochorno al día siguiente la directora del colegio donde asiste mi hija nos llamó a mi esposa y a mí y nos dijo que funcionarios de Policía habían estado indagando sobre mí en la guardería. Imagínense la vergüenza que pasamos. Mi indignación no conoce límites. ¿Por qué los escoltas o el funcionario que fuere no me preguntaron a mi direc-